

nos, á ganar el gran beneficio del Jubileo, y no omítamos nada de lo que es esencial para conseguirlo ¹. Será el mejor medio para ponernos al abrigo de los golpes de la justicia divina aqui bajo, y para entrar prontamente en el cielo, despues de nuestra muerte. Así séa.

zás una palabra indiscreta y poco respetuosa, quizás un servicio mal hecho y una negligencia. Hé aqui, pecadores, por una util comparacion, lo que os debe hacer gustar vuestra dicha, de tener que tratar ahora con un Dios que os perdona todo y pide tñ poco para una absolucion tñ perfecta. (Bourdaloue, *Sermon para la apertura del Jubileo.*)

1. Tu disputas contra Dios, desde hace mucho tiempo, sobre quién aventajará, tu pecando, él perdonando; tu malicia protesta contra su bondad; por fin ella te dejará la victoria. Ah! victoria funesta y terrible, por la cuál habiendo apurado su misericordia, caerémos infálblemente en las manos de su ríguosa justicia. Fiéles, evitémos una desgracia tñ grande! Es para éso que Dios nos envia esta gracia extraordinaria del santo Jubileo, para que entremos en nosotros mismos. Si agrégamos el menosprecio de una gracia semejante al de todos sus beneficios, Dios se irritará tñto más, cuánto habrá sido más considerable la liberalidad despreciada; su odio se encenderá con más agríor, si rompemos el sagrado lazo de esta reconciliacion solemne; nuestras malas inclinaciones adquirirán nuevas fuerzas, despues que habrán resistido á un remedio tñ eficaz; nuestros corazones se endurecerán más, si esta gracia extraordinaria no los ablanda; y él vengará mucho más rígorosamente la santidad de sus sacramentos profánados, despues que habrá querido acompañarlos de un perdon tñ universal. (Bosuet, *Medit. para el tiempo del Jubileo.*)

PARA UNA PEREGRINACION

INSTRUCCION UNICA

I. Porqué se debe hacer Peregrinaciones. — II. Cómo se las debe hacer.

Dentro de algunos días, debiendo un numero de personas de esta parroquia tomar parte en la peregrinacion que se organiza, encontraréis oportuno, cristianos, que os hable de este gran acto de piédad, del que nuestros padres nos han dado antiguamente el éjemplo ¹, que, en estos ultimos tiempos, há vuelto á entrar más y

1. Seria un error pensar que las peregrinaciones son una forma nueva de devocion y una novedad en la Iglesia. Nó, las peregrinaciones no son una novedad, han existido en todo tiempo y existirán siempre. En éfecto, en todas las épocas los cristianos han venerado con un culto particular algunos lugares, algunos templos y algunas imagenes. Es asi como Jerusalem, la ciudad santa en donde fué muerto Nuestro Señor, Roma, sepulcro de los santos apóstoles Pedro y Pablo, han sido siempre miradas como particularmente venerables, á causa de los recuerdos que nos traen á la memoria. Jerusalem y Roma atraian yá desde los primeros siglos de la Iglesia, á los cristianos. Ibase á visitar estos lugares benditos. En esta época, los viajes eran largos y difíciles, los caminos poco numerosos, las comunicaciones inseguras, las fatigas de semejantes peregrinaciones conducian con frecuencia al sepulcro. Estabase expuesto á ser robado ó muerto en el camino. No importa, á pesar de todos estos obstaculos, se deseaba visitar estos lugares venerados, ibase allí á rezar y se regresaba contento á su casa. Más tarde, la Iglesia fomentó mucho las peregrinaciones, imponiéndolas como penitencia á los que habian cometido grandes pecados. En la época en que la disciplina de la Iglesia era más severa, los pecadores ricos y pobres emprendian estas largas y grandes peregrinaciones de Roma y de Jerusalem, dichosos por obedecer á la Iglesia que se las imponia y por obtener á este precio el perdon de sus faltas. Este solo hecho bastaria para probar que nuestros padres valian más que nosotros. Enton-

más en nuestras costumbres, gracias á Dios, y á pesar de los pronosticos contrarios, cómo tambien á pesar de la oposicion de los malos, y las calumnias con las que han ensayado ridiculizar ó desnaturalizar el caracter ¹. Ciertamente, sería interesante desenvol-

ces se ofendia á Dios, cierto es, cómo se le ofende hoy; pero se lloraba sus pecados, se pedia perdon á Dios, se hacia una larga y ruda penitencia. Ahora, se ofende á Dios más todavía, se hace sin pena alguna, no se arrepiente y no se hace penitencia... No hé nombrado más que á Roma y á Jerusalem, pero podria indicaros una multitud de lugares, que han sido y son todavía objeto de frecuentes peregrinaciones... (Lenoir, *Semana del Clero*, tom, 18, pag. 515.)

4. La Iglesia coloca la peregrinacion en el numero de las practicas que autoriza y recomienda; algunas veces impone la peregrinacion al pecador cómo un ejercicio satisfactorio y medicinal: en todos casos, ella la venga contra sus detractores, estableciendo que es conforme con la tradicion religiosa de todos los siglos y de todos los paises, y que implica, por su naturaleza, un conjunto de actos perfectisimos de mortificacion y de desprendimiento, *Concil. Aginn.* 1859, titul. 2, c. 2; por ultimo, que encuentra su consagracion y su fomento en los favores de todo genero que la gracia divina se complace en derramar sobre los santuarios que son el objeto ordinario de estos viajes piadosos. Bula *Auctorem fidei*, prop. 70. Vá más lejos, ella tiene una bendicion especial y solemne para el cristiano que emprende este ejercicio. (Obras del Card. Pie, tom. 3, pag. 652). — A los que atacan las peregrinaciones hay una respuesta sencillísima que darles. Todo hombre es libre de ir, de venir, y de viajar cómo quiera. Si todo hombre tiene esta libertad, nosotros, los catolicos, debemos tenerla cómo los demás. Y esta libertad que nadie podrá rehusarnos, autoriza la igualdad y hace inatacables, bajo el punto de vista del derecho, las peregrinaciones. Debe pareceros ridiculo detenerse en semejantes consideraciones, sin embargo son utiles, puesto que ahora las verdades más sencillas y más naturales son las menos comprendidas. A los que no quieren oír hablar de peregrinaciones, les dirémos que cada uno es libre de ir adonde bien le plazca. — Se há dicho, que estas fiestas y estas peregrinaciones turban la tranquilidad. Nada es más falso. Apélese al testimonio de todos los que se han encontrado en alguna peregrinacion, nada más pacifico y más

veros, en este momento, la historia de las peregrinaciones ó vengarlas de sus detractores. Pero pienso que os será todavía más util que nos apliquemos al lado practico de la circunstancia en que nos encontramos. En las dos reflexiones que dividirán naturalmente esta platica, voy á explicaros: primeramente, porque se debe hacer peregrinaciones, y en segundo lugar, cómo se las debe hacer ¹.

tranquilo que estas manifestaciones de la fé. En las fiestas mundanas, hay ruido; allí es el silencio y la presencia de Dios, silencio interrumpido solamente por el canto sagrado ó la recitacion de algunas oraciones. Sobre este punto nada hay que objetar. — Pero los enemigos de la religion han inventado otro sistema, dicen, que las peregrinaciones pierden la religion. Pero, cómo se hace entonces que los jefes de la Iglesia y los buenos cristianos creen todo lo contrario? (Lenoir, loc. cit.)

1. Qué es una peregrinacion? Un lugar de peregrinacion es el sitio más brillante de las operaciones divinas y á donde se acude en busca de lo más saludable para las enfermedades humanas. — I. *Origen y causas de las peregrinaciones*. Dios, que há revelado su poder en el creación del mundo, continua manifestandolo por todas partes en dónde quiere y de la manera que quiere. Nada limita su poder ni su absoluta independencia. Ninguna ley encadena su brazo; ninguna ley moral manda á sus actos. Librementemente pasea su soberania por el universo entero; y toda criatura se dobla bajo sus ordenes, en cualquier parte que caiga su palabra ó que deje circular el soplo de su espiritu. — Siguese de ahí que Dios es soberantemente libre en la elección de los lugares en dónde le parece bueno hacer brillar su poder, cómo es libre en la elección de los hombres que destina á ser los instrumentos de sus designios, cómo es libre en la elección de elementos á los cuáles quiere unir una virtud particular. Asi há obrado desde el origen del mundo. Es en un punto determinado del globo que despliega sus maravillas en favor del primer hombre y de la primera mujer, y es un arbol especial que es entonces el sacramento de la inmortalidad. Dá sus bendiciones al genero humano en un valle del pais de Canaán; promulga la ley escrita en una montaña del Arabia; establece el lugar de su alianza á algunas leguas del Jordan. Rota esta alianza, réaliza des-

I. — *Porque se debe hacer peregrinaciones.* — Siendo las peregrinaciones un acto de religión y de piedad, principiemos por decir

pues el gran acto de la encarnacion en una casa de Nazáret; derrama sobre el mundo la sangre de su Hijo, desde las alturas del Golgota; fija para siempre el centro principal de las operaciones de su Espiritu al pie de algunas colinas, entre el Mediterraneo y el Adriatico. Por ultimo, el Espiritu de Dios sopla en dónde él quiere, y toda la historia de la religion se há desarrollado en una serie de lugares que pueden llamarse, desde entonces, lugares privilegiados. — En éso, repito, Dios manifiesta su independencia soberana. Obrando por todas partes, demuestra la plenitud de su poder; eligiendo con preferencia tal ó cual sitio, prueba su entera libertad. Y es por lo que no cesa de elegir lugares en donde su poder se afirme más alto y más palpable. Algunas veces, es un sitio desconocido hasta entonces: *Ignotus erit locus*, ó por lo menos un lugar que nada indicaba anteriormente al respeto de los pueblos; pero un dia, algun signo revelador há venido á señalar esta tierra: *Tunc Dominus ostendet hæc*; un resplandor salido de la eternidad há iluminado estos lugares; el brazo de Dios se há hecho sentir, su majestad há aparecido: *Apparebit majestas Dei*; y los pueblos, guiados por una señal de lo alto, se dirigen en multitud hacia semejante lugar, exclamando á la vista de estos prodigios: El dedo de Dios está ahí! Es el origen de las peregrinaciones, de estos lugares privilegiados en dónde Dios obra en favor de las almas sus más asombrosas maravillas. — II. *Memorial de las peregrinaciones.* Y por qué intermedio tiene la costumbre de hacer en estos sitios sus brillantes manifestaciones? Qué es lo que se ofrece á nuestros ojos cómo el instrumento y el memorial de su poder? Un sepulcro, alguna reliquia de un santo, frecuentemente tambien la sencilla representacion de los mismos. Y es aquí, hermanos míos, que la soberania de Dios me aparece en todo su brillo. Sin duda no es á vosotros, habitantes de esta comarca, en dónde su despliega perpetuamente en la naturaleza una imagen tãan grandiosa del infinito, no és á vosotros que se necesita enseñar á leer el nombre de Dios en la obra de sus manos; pero cuando véo á este gran Dios dividir su poder con alguna de sus criaturas, comunicar una virtud sobrenatural á un poco de ceniza fria é inerte, hacer brotar el milagro de algunos granos de polvo, y multiplicar los prodigios alrededor de

inmediatamente que es preciso guardarse de emprenderlas por un motivo de distracción y de vana curiosidad. En este caso no seria

una imagen ápenas respetada por el tiempo, es entonces que comprendo la accion divina en toda su omnipotente libertad, y que el contraste de un efecto semejante con tãales medios, me parece la revelacion la más viva de un poder que no tiene igual más que una bondad infinita como él. — Porque si place á Dios imprimir en un lugar el sello de su poder, es siempre para bien de las almas. Seguramente, estas encuentran por todas partes los auxilios y los remedios de la fé; porque Dios está en todas partes, y la Iglesia tambien con las luces de su doctrina, la virtud de sus sacramentos, el ejemplo y la proteccion de sus santos. Permitidme una comparacion tomada del orden material. Cuando el enfermo siente disminuir sus fuerzas, sale del medio en donde vivia hasta entonces. El aire habitual no basta yã á su temperamento agotado. Cambia de lugar; vá á pedir la salud á otros climas; busca lejos una atmosfera menos pesada, baños que le fortalezcan y fortifiquen, una alimentacion más suculenta y más sana, un conjunto de elementos nuevos que vuelvan á dar á sus organos un impulso, que lleven á sus miembros el juego de la vida; luego, al final de su estancia momentanea, regresa á la tierra natal, despues de haber renovado su vigor con el contacto y bajo la influencia de un suelo extraño. — III. *Resultado de las peregrinaciones.* Hé aquí, la imagen del peregrino. Cuando el cristiano se siente atacado por alguna enfermedad moral, rebelde hasta entonces á toda curacion, vá tambien á buscar la salud del alma á uno de estos lugares de devocion impregnados de virtud y de santidad. Allí, respira un aire nuevo, que la piedad de las generaciones há embalsamado con sus perfumes vivificantes; allí recoge el buen olor de Cristo, que se desprende de la vida y de la persona de los santos; allí siente dilatarse su corazon al soplo de la gracia; allí se abre delante de él la piscina santa en dónde su debilidad desáparece con sus manchas; allí su espiritu descansa en la tranquilidad del retiro y en el silencio de la soledad; allí todo su ser moral se fortalece en los manantiales puros y vivos de la fé; y por ultimo, despues de haber terminado este tratamiento espiritual, regresa aliviado y cómo rehého, llevando al hogar domestico con un aumento de fuerzas morales, una abundancia de vida divina que no habia conocido hasta entonces. —

peregrino, sino simple viajero, y, por consiguiente, no se debería unir á los peregrinos, cuyas miras é intenciones son muy diferen-

Tales son, hermanos míos, los resultados de estos viajes de devoción que ocupan un gran lugar en la piedad de los pueblos; y es por lo que Dios há escalonado, de distancia en distancia, estas estaciones de la fé en dónde su gracia obra con más fuerza y eficacia. Del mismo modo que há repartido por diferentes puntos del globo y abierto por aquí y por allá, en las entrañas de la tierra, manantiales de vida que brotan para la salud del cuerpo, filones de metal liquido, venas de aguas medicinales, de dónde se escapa una virtud siempre fecunda, así há hecho en el reino de las almas. Los lugares de peregrinaciones son, si me permitís la palabra, las aguas termales de la piedad, los baños espirituales á donde vienen las almas á regenerarse sacando una energía nueva. Es allí que se operan saludables reacciones que detienen los progresos del mal y que imprimen á la vida otra dirección. Aunque no tuviéramos más que el aspecto de un lugar que despierta tan tiernos recuerdos, y que se encuentra el contacto de tantas santas almas, esta aproximación sería ya de un poderoso efecto. Porque si las grandes escenas de la naturaleza hablan á los sentidos y á la imaginación, los grandes espectáculos de la fé producen en el corazón una impresión de la cuál no se puede defender. Y quién no se sentirá mejor y más puro á la vista de las muchedumbres que se apresuran en derredor de los centros de piedad, para tomar parte en estas conmovedoras solemnidades que llamais *suplica de perdon* en vuestro lenguaje tan expresivo? Quién es el incrédulo que permanecería con la frente altiva y el ojo seco delante de una peregrinación? Si, esta calma imponente de la fé, este silencio de las almas recogidas en sí mismas, esta vasta comunión de espíritus que se alimentan con una misma creencia, este estremecimiento de la oración que corre por vuestros labios y que llega hasta mí, estas emanaciones de la caridad que brotan de vuestros corazones, este sentimiento de la divinidad que os tiene inmóviles en el respeto, esta fuerza invisible y soberana que, cerniéndose sobre nuestras cabezas, las inclina delante de la majestad del Altísimo, todo esto es capaz de romper en un abrir y cerrar de ojos y para siempre las cadenas del pecado, de levantar un alma de la tierra y arrojarla en los brazos de Dios, victoriosa de sí misma y vencida por la gracia que obra en ella.

tes. Ir á la peregrinación cómo á una partida de diversión ó de distracción, sería precisamente dar razón á los malos y justificar

(Mgr. Freppel, *Serm. sobre las peregrinaciones*.) — Lo que hay más grande en las peregrinaciones, no es la ceremonia sagrada, es el soplo sobrenatural que las anima y és cómo el alma. — Tres virtudes son particularmente queridas á los cristianos: la fé, la esperanza y la caridad. Y estas virtudes que son la gloria y la fuerza de la Iglesia, encuentran en las peregrinaciones la más elevada manifestación y la expresión más sublime. Si, estas fiestas exclusivamente religiosas son desde luego una manifestación de fé. Todos los peregrinos, hombres y mujeres, niños y ancianos, sacerdotes y seglares, cantan el mismo símbolo, el mismo *Credo*, este *Credo* de los católicos, que no cambia y que no puede cambiar, puesto que es la verdad. Como respuesta á los ataques de la impiédad que niega todo, nosotros afirmamos nuestra creencia en Dios creador del universo, y remunerador de los justos. A los que pretenden que todo muere con el cuerpo, nosotros respondemos que existe otra vida mil veces mejor que la presente. En una palabra á la negación total de la verdad, respondemos con la afirmación total del Evangelio. Y digo, que éste es un grande y bello espectáculo, digno de la mirada de Dios y de los hombres. — La peregrinación es una manifestación de fé, y también una manifestación externa de las esperanzas del cristiano. El hombre, hermanos míos, vive de esperanzas: espera que el día inmediato le será menos duro que la vispera. Este pensamiento le hace la vida más dulce y más soportable. Si es así del hombre, lo mismo acontece con el cristiano. Este tiene también sus esperanzas para la vida futura; ellas son su fuerza, su apoyo y su consuelo aquí bajo. Como tiene sus esperanzas para la vida presente. La Iglesia espera siempre; espera convertir las almas que viven en las tinieblas del error, que los cristianos practicarán mejor sus deberes religiosos, y que será menos perseguida. La Iglesia no cesa de esperar. Después de la muerte de Jesucristo, los apóstoles han esperado. Entonces que los fieles estaban obligados á ocultarse en las catacumbas, y que los mártires sucumbían por millones, la Iglesia esperaba también. Porqué no tendríamos nosotros también nuestras esperanzas, y las grandes fiestas religiosas son la brillante manifestación de las esperanzas cristianas, al propio tiempo que estrechan entre los

la impiédad de sus dichos y de sus burlas, puesto que sería la hipocresía, bajo el color de devoción, satisfaciendo gustos puramente naturales.

El primer objeto que debe proponerse el verdadero peregrino, es la gloria de Dios. Esta, cómo lo sabeis, debe ser el fin de todas nuestras acciones, aun de las más comunes é indiferentes por su naturaleza. *Sèa que comais, sèa que bebais, sèa que hagais cualquier otra cosa, hacèdlas todas por la gloria de Dios*¹, nos dice el apóstol San Pablo. Sí, en las acciones más comunes, debemos proponernos la gloria de Dios, con más razón debemos proponernosla en una peregrinación, que es un acto solemne de piedad y de religión. Y si el cristiano, cuando come, bebe, habla, se distrae, no hace su deber y es reprehensible si no se propone la gloria de Dios, qué será preciso decir del peregrino que no se propusiera esta gloria? No se haría culpable de una especie de profanación, abusando de una cosa santa, es decir, no haciéndola redundar en gloria de Dios, según lo exigen expresamente, yá su institución, yá su naturaleza?

La segunda cosa que se debe proponer cuando se hace una peregrinación, es la expiación de sus pecados. Por nuestras faltas, contraemos diariamente deudas muy pesadas con la justicia divina; y Nuestro Señor nos há declarado formalmente, que ninguno entrará en el cielo sin haber saldado todas estas deudas hasta el último óbolo². Jamás debemos perder de vista una obligación tan

fiéles las lazos de la caridad fraternal. — Si, en estas grandes reuniones que forman las peregrinaciones, lo que más llama la atención es la unión de los corazones. Allí, no hay más que un corazón y un alma. No se conoce, pero se ama sin conocerse, porque todos están llenos de un mismo amor, el de Jesucristo. No hay más que hermanos é iguales. Es el encanto de estas manifestaciones religiosas. Esta unión de los corazones y esta comunidad de sentimientos hacen gustar de la dicha del cielo, en dónde los justos estarán unidos por la eternidad en el seno de Dios y en la compañía de Jesucristo. (Lenoir, loc. cit.)

1. I. Cor. x, 31. — 2. Mat. v. 26.

rigurosa, y no hay día en que no se pueda trabajar en este sentido. Pero si, cuando se entrega uno á sus ocupaciones ordinarias, es un deber trabajar para expiar sus deudas y pagar las que se han contraído con Dios, cuán natural y justo no es hacerlo especialmente, cuando se dá tregua á sus ocupaciones precisamente para consagrar todo su tiempo al acto religioso de la peregrinación! Así la Iglesia, en todos tiempos, há fomentado las peregrinaciones, concediendo indulgencias destinadas á saldar las deudas espirituales con la justicia de Dios.

Por último, el tercer objeto que es necesario proponerse cuando se hace una peregrinación, es réanimar su devoción y su fervor. Sin duda, los cristianos que hacen peregrinaciones, son yá devotos y fervientes. Pero precisamente porque lo son, deben comprender mejor que los demás, que el aumento de su fervor y de su piedad debe ser uno de los principales fines de las peregrinaciones que hacen. Todas nuestras acciones deben tender á aproximarnos á Dios y hacernoslo siempre amar y servir mejor. Pero si esto es especialmente verdad de las peregrinaciones, que son por su naturaleza actos esencialmente religiosos, destinados á unir el hombre con Dios por el ardor de los sentimientos piadosos; el peregrino debe aplicarse á sacar de todo lo que vé y de todo lo que oye, otros tantos motivos para afirmarse más y más en la piedad, en el cumplimiento de sus deberes, en la observancia de los mandamientos, en una palabra, en el servicio de Dios.

Tales son las miras que es preciso proponerse cuando se hace una peregrinación, sea solo, sea acompañado, á saber: la gloria de Dios, la expiación de los pecados y el aumento de nuestro fervor en el cumplimiento de todos nuestros deberes con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos. Si se quiere proponer la obtención de alguna gracia particular, sea para si mismo, sea para personas que nos son queridas, éso no está de ningún modo prohibido, muy al contrario; pero esto no dispensa de proponerse las miras generales y más elevadas de que hemos hablado.

Pasando ahora á la segunda parte de nuestra plática voy á explicaros

II. — *Cómo debemos hacer las peregrinaciones.* — La manera de hacer las peregrinaciones nos está naturalmente indicada por los diferentes objetos que se propone; es decir, que se debe aplicar á alcanzar estos objetos por todo lo que se hace y por todo lo que se dice.

Sentado este principio, y sabiendo que el primer objeto que debe proponerse en las peregrinaciones es la gloria de Dios, diremos cómo consecuencia que la primera cosa es aplicarse á glorificar á Dios tanto cómo se pueda y de todas las maneras posibles. El verdadero peregrino glorificará á Dios primeramente con sus oraciones, que multiplicará y continuará sin interrupcion, puesto que há renunciado á sus ocupaciones ordinarias, durante el tiempo de la peregrinacion. Deberá glorificarle igualmente con canticos, que son una forma de alabanza más solemne que las oraciones. Naturalmente, las canticos que preferirá el peregrino son los de la Iglesia, cuya mayoría han sido inspirados por el mismo Espiritu Santo, y consagrados por los labios de tantas generaciones de cristianos que los han cantado. El peregrino deberá principalmente glorificar á Dios con su conducta, lo que hará évitando todo pecado, aun los veniales, puesto que no hay nada más opuesto á la gloria de Dios como el pecado; multiplicando las obras de caridad cristiana en toda la extension de su poder, con el ejemplo del mismo Dios, que sin cesar multiplica las obras de su bondad para nosotros.

Obrando de esta suerte, no solamente el peregrino glorificará personalmente á Dios, sinó que lo hará glorificar tambien por los que serán testigos ú objeto de sus buenas obras, puesto que estos bendicirán y agradecerán á Dios la édificacion y los beneficios que les habrá procurado por medio del peregrino ¹.

1. Deum lingua, mente et moribus incessanter laudare debemus, tota vita nostra debet esse continua laus Dei. 1º Quia immensa et infinita majestas. 2º Quia innumera beneficia nobis contulit. 3º Quia omnes creaturæ ejus gloriam testantur. 4º Quia hoc est opus nobilissi-

El segundo objeto que se debe proponer cuándo se hace una peregrinacion, puesto que se trata de expiar sus pecados, es practicar la mortificacion bajo todas sus formas.

Un buen peregrino aceptará cómo gracias del cielo, todas las fatigas y todas las contrariedades inhérentes á la peregrinacion. Se guardará mucho, por consiguiente, de buscar los mejores sitios y las comodidades en el viaje, y no se quejará nunca de ser tratado peor que los otros. Sus sentimientos serán los mismos en lo concerniente á la mesa y á la cama, al sol ó á la lluvia, al calor ó al frio; todo lo aceptará, contentandose, considerandose feliz de que Dios se digne prepararle alguna contrariedad y sufrimiento de los que há sembrado toda la peregrinacion de su Hijo muy amado por la tierra. El buen peregrino procurará no evitar la sociedad ó trato de las personas que pudiéran sérle poco simpáticas; si Dios permite que se encuentre cerca de ellas, allí permanecerá sin hacer nada para alejarse, conduciendose con ellas con fineza y cristiana amabilidad. Así hizo tambien Nuestro Señor durante su peregrinacion terrestre, durante la cuál encontró frecuentemente, hasta entre sus discipulos y apóstoles, tantas personas cuyos sentimientos estaban en oposicion con los suyos.

A estas mortificaciones y á cuántas la Providencia nos depare, el buen peregrino deberá añadir otras voluntarias, á fin de testimoniar á Dios sincero deseo de expiar sus faltas. Podrá, por éjemplo, practicar el ayuno ó la abstinencia, ó bien llevar un cilicio, ó pasar una parte de las noches en oracion, los brazos en cruz ó el rostro apoyado en tierra, ó bien imponerse otras penitencias que juz-

num omnium piorum. 5º Quia est proprium angelorum et sanctorum. « Laudatur autem Deus magis pia vita, quam lingua, » ait S. Aug. in Ps. xxxiv, 28 (CLAUS, *Spicileg. univ.* lib. I, n. 12). — Modus laudandi Deum est multiplex: 1º Celebrando illum hymnis et verbis. 2º Abstinendo a peccatis. 3º Insistendo sanctis actionibus virtutum. 4º Studendo perfectioni et heroicis operibus. 5º Meditando infinitam Dei excellentiam. 6º Invitando alios ad laudem Dei. Patiendo adversa, ipsamque mortem pro Deo (Id. *ibid.*). Cf. Is. xii, 14.